

Fragmentos para después del psicoanálisis

a L. Zeller y a E. Cioran

Introducción

Con qué voluptuosidad el psicoanálisis introduce el gusano de la libido en las ideas de lo sublime.

Por un saludable pudor estético no deberíamos de pensar el arte, por ejemplo, pedestremente. Bach arrebatado por un delirio genital puede quedar explicado en toda su complejidad, pero pierde toda su magia. Cuando llega la explicación se va el misterio. Y con una explicación tan poco etérea o graciosa, poco queda de la belleza.

Una interpretación más elegante que la freudiana proporcionaría al menos la posibilidad de racionalizar nuestros delirios de otra guisa que no apelara al mero ardor glandular. El psicoanálisis, en cambio, nos acerca a toda altísima locura por un camino fisiológico. Con el psicoanálisis se propone el canje del espíritu por las cuentas de vidrio de la liberación de los flujos seminales convertidos en neurosis.

I

Iguales en el deseo, no somos distintos en el placer, sino en la manera en que nos los otorgamos a nosotros mismos. Perseguimos nuestro deseo, nos liberamos en nuestro placer. Éste nos regala su valor y su sentido. Por él nos trascendemos.

Las maneras en que con nuestra existencia damos respuesta a la necesidad de trascendencia nos diferencian.

Por siglos dijimos: “la grandeza de nuestra alma”. Pero el trabajo de demolición de la psicología, ha hecho pasar los caminos de la trascendencia del alma, por los vericuetos de las glándulas. Resulta que a las ideas sublimes del amor y la poesía nos hemos acercado más que por el espíritu, por la fisiología. Las partes nobles habían traducido sus humores a un lenguaje espiritual.

Triste, pobre cosa el poeta, el pensador, el hombre, antes pararrayo de lo sublime, hoy vocero de sus genitales.

Dios le debe todo a nuestra carencia. Toda su fuerza es la de ser un símbolo. Como un símbolo es el amor, la poesía, la música, lo que de más sagrado pueden pensar los distintos hombres. Dios es la amada ilusión de su metáfora.

Dios es la metáfora de un vacío. Desnudos y temblorosos, tenemos un hueco y a Dios para llenarlo.

En el fondo todo hombre es sólo imperfección, una carencia. Y Dios, otrora omnipotente en su altura, ahora es una pobre debilidad humana. Pobre Dios, perfecto en acto, no pudo hacer lo que le hubiera dado un sentido: completar el imperfecto ser de un hombre.

Nos sabemos carentes de Dios, de la Belleza, del Amor, de algo. Y aquello con lo que nos llenamos no es más que la manifestación de la carencia que somos. Paliativo de la incompletud en la que estamos arrojados desde algún paraíso.

Humillados de nacimiento por nuestra falta de importancia. Buscamos sentido al absurdo que nos rodea como una isla y esgrimimos la espada de la voz como única defensa. Invocamos a Dios. Entre nosotros y la muerte el temblor de esta palabra fue nuestro amparo. Atenidos a su magia, andábamos. Niños que blanden un arma frente un guerrero amenazante.

“Los trastornos de los órganos se elevan a canto y concepto” (Cioran). Antes designábamos el Misterio con los nombres de “lo Supremo”, “la Altura”, “lo Sublime”, y el camino del espíritu era la única vía. Hoy el camino para llegar a Dios no pasa por la fe.

Estamos interesados, tocados por los grandes temas, gracias a la humores. Lo antes misterioso es, en cada caso, hipóstasis de la neurosis. Deificamos nuestro delirio. En el fondo, todo desbordamiento metafísico es una contención de nuestros fluidos.

Nuestra represión libera lo divino. Dios también le debe todo a nuestras cadenas.

Una extraña dinámica hace directamente proporcionales los extremos. Se convierte a los más sublimes en los más libidinosos.

Bach pensando, entreviendo, con ardor el cielo, nos hace pensar en un onanismo de altura. Y una mala asociación de ideas lleva a la oscuridad de los retretes de la vida cotidiana del barroco o de cualquier vida que desde su miseria haya pensado en lo sagrado. Toda misticismo se traduce en ansia reprimida y sublimada.

Decidamos la motivación de los caminos de nuestra existencia. La cuestión es, en el fondo, meramente pragmática: que la idea de lo sublime sea elaborada desde el Espíritu o desde lo que hay en nuestros calzoncillos.

Existimos por la palabra. Vestimos la nada con sonidos. Creamos el Ser. Así nació todo. El Misterio tiene

nombres. Le han llamado de acuerdo a cada filiación “Espíritu” o “Materia”, algunos dicen, “Sistema”.

Cada uno abrazó, y se abrazará como en una bandera, a la palabra que ha enamorado a su intelecto, dará con ello sus señas. Algunos pocos se resisten a decir sólo una palabra. Quizás porque son poetas y las respetan todas, o filósofos que dudan de todas, o quizás ni piensan en eso y no han decidido.

Pero tomemos a aquellos que buscan la claridad, enfrentan al Misterio, lo bautizan, y que lo han llamado con los nombres Espíritu. Y que han puesto a lo Etéreo y a lo sublime encabezando sus definiciones. Éstos han impuesto por siglos el reino de lo invisible, lo inmaterial y su parafernalia y su liturgia. En los barrios bajos de ese imperio vivieron los derrotados: el cuerpo y sus tendencias carnales. La sexualidad subsistió durante siglos en los arrabales casi como una aberración por sí misma.

Extasiados en lo divino y carentes del éxtasis genital, los epígonos del Espíritu sutil “crearon la peor de todas las aberraciones sexuales: la abstinencia”¹.

Clandestinos para el placer, su garbo huyó de nosotros. Fuimos prodigiosos en el sigilo y nos ocultamos a nosotros mismos en el fondo de nuestros cuerpos.

Unos y otros grotescos e incompletos, castrados de Dios o simplemente castrados del uso de nuestros cuerpos.

II

Nuestro ser está cimentado en cualidades enfermizas como la ambición, la envidia, el odio, la venganza, la superstición, la desesperación. Algo que habita en nosotros con un dominio tan natural que la imagen se reconoce también en los animales. Incluso la crueldad, vicio tan desnaturalizado; porque en medio de la compasión, sentimos dentro no sé qué agri dulce punta de voluptuosidad maligna viendo subir a los demás; los niños la sienten. De tales cualidades quien quitara las semillas en el hombre destruiría las condiciones fundamentales de nuestra vida.

(Montaigne)

La revuelta contra el Espíritu no anda en boca de pocos. El arrabal circula sus ideas, con la astucia aladinada en la bajeza, no renuncia al golpe bajo ni rehuye esgrimas. El pleito en callejuela hace fajadores y estilistas,

¹ Cito de memoria a Denis de Rougemont. Cfr. *Amor y Occidente*.

maestros de la camorra, gente sin pudores de clase. Al otro lado, carente de la antigua elegancia aristocrática, el Espíritu se escuda en el aparato de la mera formalidad.

Extrañamente la plebe de la inteligencia gusta de las insolencias de los misántropos: Spinoza, Lichtenberg, el propio Montaigne, Nietzsche, Sade, Freud. Perturbadores de las buenas conciencias del espíritu. Mundanos, voluntariosos, exhibicionistas, a su entorno acuden los tentados por una morbosa voluptuosidad de pendencia: el Espíritu y la carne están luchando cuerpo a cuerpo.

En las revanchas de la carne, el psicoanálisis dirige una de las huestes, se enriquece a costa del Espíritu, desviste sus miserias, expone sus vergüenzas, y sus guerreros babean libidinosos al lado de los divanes. El alma está desnuda en la picota ante una banda concupiscente que se frota las manos y masculla entre dientes: “en el fondo, todo arte, todo lo que es sublime, es mera obscenidad, pornografía del Espíritu”.

En algún sentido el psicoterapeuta tiene la moral del invasor, debe enorgullecerse de las proezas del bandido y, como éste, llamarlas “hazaña”, “victoria”; escribir una nueva historia. Es el trabajo del vencedor. Porque la verdad también se gana. Así una depredación realizada por una nación contra otra se llama: “Descubrimiento, Encuentro, Conquista”. Una violación sistemática, masiva, se llama “mestizaje”.

La verdad tiene trajes finos para no andar desnuda enfrente de las buenas conciencias.

Lo sagrado ha caído de los cielos y el Verbo está en boca de herejes. El demonio de la carne se ha vuelto lo más humano de lo humano. El demonio se ha hecho carne. Se ha humanizado el mal. Es nuestro símbolo. En las catedrales no se arrodillan ya más que los ingenuos. Con descaro la canalla de la inteligencia ha robado la llave al Espíritu, usurpado su derecho único para hablar de lo que estaba atrás de la puerta. Ahora profana al Misterio con sus explicaciones. Los sediciosos reclaman el Ser para sí mismos. Para sus ideas.

Las alturas del alma han caído a la bajeza de la carne. Se está tomando el cielo por asalto.

La biografía de la idea del Espíritu deberá tomar nota de su vejez. La barbarie y su sempiterna juventud están a las puertas de las capitales que aquél ha levantado.

Lo amado por el Espíritu es manoseado por el ardor concupiscente de la carne. Atila ha llegado Roma y en el motín, entre pordioseros y saqueadores de verdades, en-

cuentra al Espíritu -otrora luminoso-, rezando en las iglesias, en vez de reivindicar lo que antes hubiera defendido con orgullo. Quizás barrunta éste que todos los otros dioses alguna vez también fueron inmortales.

Perdimos la Eternidad. En realidad no la tuvimos. Así fue. Ahora, en la tragedia moderna vemos con nostalgia que la Religión nos daba ese infinito pedazo de Tiempo que nos faltaba. Llamémosle Dios o Paraíso, o como se quiera. Perdimos la ilusión, la inocencia.

Ahora que sólo tenemos nuestro miedo, somos peligrosos. Pero sólo para nosotros mismos, no para Dios; a él ya lo matamos.

Aquí no pasa nada. Nosotros somos lo que pasa.

El tiempo no es un río que fluye. Es una pérdida oceánica al final y al principio de nosotros mismos.

Le damos nuestro nombre a un trozo de tiempo. Y éste asume la voz como si no fuera un mosaico de sin-sentidos. Como si este balbuceo pudiera manosear lo importante sin impertinencia. Somos el tiempo por un instante. Salimos del vacío, nuestra patria nativa, y navegamos hacia la nada.

Dios era una manera de mirar al vacío, de acariciarlo con cariño. Creció como un hijo, se volvió importante. Tanto nos era dado que Dios nos bendecía. Nos miraba desde su inmortal ternura y nos perdonaba haberle hecho a nuestra imagen y semejanza.

El recuerdo concede su verdad al paraíso. Lo engrandece en el deseo y su añoranza.

Para realizar los estelares de su gloria Dios necesitó siempre la ayuda de Judas y serpientes. Después de la tentación y el pecado, Dios nos acontecía para el consuelo, para poder aceptar y agradecer nuestra culpa como mérito de nuestra desgracia.

Alguna vez creímos que Dios tenía sentido porque era el único que no se ocupaba de sí mismo. Pero sólo nos miraba desgarrado y doliente desde el espejo.

Existencia miserable de sudores y congojas, con el paraíso siempre en otra parte. En contraste, Dios resplandece eterno ante el marco de nuestra desgracia.

Gloria a Dios en las alturas que nos consolaba por habernos castigado.

Y con Dios perdimos al mal del lugar en donde estaba. Se metió en nuestra carne. Al exorcismo ahora se le llama terapia. El mal está en nosotros. Los demonios son creaciones de nuestro interior, no fuerzas preexistentes a nuestros traumas. Como antes y como siempre, los demonios le deben todo a nuestra debilidad. Pero el infier-

no no está lejos: su más allá debe buscarse en un más adentro, en un más atrás, llamado infancia.

Ahora Dios está extraviado y el diablo en nuestra casa. Acudimos al sofá del psicoterapeuta para arreglar nuestras oscuridades, y con cierta idea de lo sublime se diluyen sus opuestos, las nociones de pecado y de la maldad.

Un mundo sin demonios no es menos incierto para Dios, deja de ser una ilusión, un sueño. Hoy decimos que habíamos inventado la imagen de Dios y que en nuestra ceguera hasta el más simple creyó poder sostener en su cabeza la idea de lo Supremo. Decimos que nuestro invento no sirve, que Dios no sirve.

Ahora que pagamos para soñar y que creemos estar despiertos, en los divanes se acuesta con nosotros un cadáver. Porque Dios ha muerto: era un sueño y ya no es más que una cosa muerta. Nuestro sueño mejor ha muerto.

Dios era la eternidad que no se alcanza y el milagro de pensarla cercana. Pero el silencio que a la hora de lo sagrado llenábamos de Dios es un hoyo. Un desierto con una zarza que habla.

Y ahora que Dios carece de Dios. Salen a la calle nuestros cuerpos, felices de no tener espíritu.

Esclavos de nuestro deseo, seremos siempre mendigos de las pequeñas cosas que llenan el universo.

El mundo está lleno de dioses: despojado de su antiguo talante, Dios se viste del color de nuestras ansias.

... al menos elijamos nuestras cadenas.

Reivindiquemos la locura. Los sueños se volverán nuestra verdad. Eso puede pasar. Eso pasa siempre. Sólo hay maneras de soñar. Todo es ilusión.

... Sólo las ilusiones pueden ser verdaderas.

Estoy hablando del amor. Ya sé que es tan sólo otro Dios. Pero es el mío.

Aceptemos la verdad y amemos nuestra mentira.

La una es del mundo, la otra es para el corazón.

Quizás el corazón siempre está solo: cuando invoca en voz alta una verdad, ésta ya es del mundo. La verdad del corazón nunca es con otros, no puede tocarse con palabras.

Esto mismo que escribo es una verdad del mundo. Eso lo sabe mi corazón. A pesar de todo, elige un lugar en el mundo y pone ahí su palabra, procurando que esté cerca del silencio y que cuando todo calle alguien pueda oírla.

Una paradoja hace cumplir a la teoría un destino contradictorio en la práctica. El psicoanálisis, como mi-

rada desmitificadora de religiones y fanatismos, se torna ella misma una fe.

En el centro un cuerpo doctrinario. En sus cercanías una serie de exegetas de la doctrina y sus interpretaciones; en fin, un clero psicoanalítico formado por estudiosos de la palabra. En su alrededor un grupo de seguidores que oyen y creen, y obtienen por este medio las satisfacciones que antes ofrecía la confesión, el conjuro, los hechizos.

El peligro de todo anquilosamiento... El psicoanálisis se ha tornado una especie de religión y, como és-

tas, tampoco es refutable cuando ya ha cuajado en las cabezas su idea del mundo.

Por otro lado, como toda fe, podrá ser abandonada... después de grabar su impronta en nuestro pensamiento 

Marco Aurelio Ángel Lara

Profesor-investigador

Universidad Tecnológica de la Mixteca